

Pier Paolo Bellini y Chiara Piccinini

OS HE LLAMADO AMIGOS

El legado de Enzo Piccinini



Os he llamado amigos



100XUNO

Pier Paolo Bellini

Chiara Piccinini

Os he llamado amigos

El legado de Enzo Piccinini

Traducción de Stefano Cazzanelli



© Los autores y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026
Traducción de Stefano Cazzanelli

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 158

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
Impresión: TG-Madrid
ISBN: 978-84-1339-274-5
Depósito Legal: M-8723-2026
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
I. ENZO SEGÚN ÉL	13
II. PONER EL CORAZÓN	17
No es un conjunto de sentimientos	18
Mejor religiosos que listos.....	26
III. CON LOS PIES CLAVADOS EN EL SUELO.....	31
Chernóbil, alejamiento del corazón.....	31
Burgueses, es decir, asegurados contra el riesgo	35
Quien es reactivo, pide fuego y queda quemado.....	41
Los valores, banderas del poder	43
IV. LO QUE EL CORAZÓN DESEA, EXISTE.....	47
Un designio bueno	47
La chispa: el atractivo de la correspondencia.....	55
Prisca y Águila.....	59
...que Pablo afirmaba que está vivo.....	63
Si soy cristiano es solo porque es lo máximo.....	66
La vida se había como ensanchado	72
V. ES NECESARIO NO ESTAR SOLOS.....	77
La soledad es el dolor cuyo sentido no comprendes.....	78
Hacen falta al menos dos	81
Si ese algo no se convierte en amistad, ¿de qué te sirve?.....	90
Hay que ahondar la raíz	101

VI. ESTÁS BIEN TAL COMO ERES	107
El hombre es «alguien» cuando «es alguien para alguien»	107
Por la mañana la iglesia abre sus puertas y entran prostitutas y santos.....	114
Y entonces, ¿por qué tienes miedo de tu temperamento?	122
¡Invadamos el movimiento de humanidad!.....	130
VII. ESE ATREVIMIENTO INGENUO QUE NOS CARACTERIZA... 137	
Yo fui <i>hippy</i>	138
¡Lee esto!.....	144
¡Parecía que se estuviera jugando la final de la Champions!	151
Competíamos por sentarnos a su lado	156
El merecido «descanso»	159
El corazón más allá de los obstáculos.....	163
Uno se levanta por la mañana y ya ni siquiera se da cuenta del cansancio ..	166
Pero dime: ¿quieres a tu familia?	175
La virginidad es el modo verdadero de amar	180
VIII. ¿ESTO CUESTA UN POCO DE ESFUERZO?	
PERFECTO, ¡RENUNCIEMOS!	185
Tener en cuenta que algo tiene que romperse	186
Como ese feto que, cuando dice «yo», dice «mamá».....	189
Cada uno debe esforzarse: de ahí viene la palabra ascesis	202
IX. SEÑOR, HAZ QUE LE SUCEDA A ÉL LO QUE	
ME HA SUCEDIDO A MÍ.....	209
Y entonces me pregunto: «Señor, ¿qué quieres de mí?»	209
Ante la dureza del corazón, solo tenemos una posibilidad: el testimonio ...	214
Luego los envié... ..	221
Precisamente tú que amas las cosas heroicas.....	228
X. ES NECESARIO QUE LO LÍRICO SE HAGA ÉPICO.....	233
Esta morada o se abre a todo, o es una guarida	234
El gesto está hecho de tiempo y de espacio.....	238
Me parecéis como una gran obra en construcción	242
A mí un tal don Luigi Giussani me enseñó a ser cirujano	247
Eso de ahí, que no entiendo, está hecho para un destino bueno	251
XI. EL GUSTO POR LA VIDA ES PROPORCIONAL	
AL COMPROMISO CON EL IDEAL	255

Sobre este suspiro de su sí Dios ha construido el sentido de su historia...	255
...con una sola cuestión: que todo vale si se ofrece a Él	261
La alegría es el sentimiento de estar en el camino correcto	272
Te he tomado como mío y te pongo en medio de todos los pueblos	275
XII. EL DÍA DESPUÉS.....	281
EPÍLOGO	293
BIOGRAFÍA DETALLADA DE ENZO PICCININI	297

*A Giorgia
que sonríe con Enzo*

INTRODUCCIÓN

Conocí a Enzo Piccinini en 1984, cuando me matriculé en la Universidad de Bolonia. Yo tenía 19 años y él 33. Un hermano mayor... pero ¡qué distancia! El impacto fue fortísimo, casi hasta el límite de lo soportable. Venía de la misma educación católica que él y del mismo movimiento, Comunión y Liberación, pero tenía la sensación de que hablábamos de dos Iglesias distintas y de que, tanto él como yo, estábamos convencidos de pertenecer a la correcta. Estar a su lado transmitía siempre la impresión de una exageración constante, de una intensidad absoluta en todo lo que hacía, una hiperactividad que llegaba al límite y a menudo lo superaba, yendo más allá de los ritmos fisiológicos y psicológicos normales de una persona, ya se tratara de visitar una ciudad, jugar al fútbol, rezar, dedicarse a la cultura o a la política, conducir, encariñarse, amar, trabajar, usar el dinero, corregir o dejarse corregir.

Para mí, todo aquel torbellino era una provocación que intenté evitar durante casi un año, esquivando los golpes mientras pude, hasta que, en una conversación durante uno de los muchos viajes que hicimos juntos, me dijo que tenía cuatro hijos. Entonces se me encendió una señal de alarma: la época de los hijos de las flores no quedaba tan atrás, como tampoco la de las Brigadas Rojas y el asesinato en Bolonia

de Francesco Lorusso¹, y no me habría sorprendido que todavía hubiera quien viviera montado en la ideología o en la anti-ideología. Pero que alguien pudiera hacerlo poniendo en riesgo a sus propios hijos fue lo que encendió en mí una pregunta que ya no podía aplazar: «O está loco, o hay algo que yo todavía no he entendido. Algo que —aunque me escandaliza— me atrae».

Fue decidir tomarse en serio esa segunda hipótesis —intentar comprender qué había detrás de aquella exuberancia temperamental tan desbordante— lo que marcó el inicio de una amistad que compartimos sin interrupción durante quince años, y que solo cambió de forma después del 26 de mayo de 1999, cuando Enzo nos dejó.

Este libro, concebido con motivo del vigésimo quinto aniversario de su subida al cielo y en pleno proceso de su causa de canonización, quiere contar lo que, día tras día, se podía ver y oír estando cerca de él en aquellos años, en «directo».

Ha sido posible gracias a la Fundación Enzo Piccinini², que puso a nuestra disposición el valioso archivo de las transcripciones de sus intervenciones públicas, y gracias a los muchos testimonios de quienes tuvieron ocasión de conocerlo personalmente. Todo ello se ha entrelazado con mis recuerdos y con los de Chiara, su hija mayor: desde el principio nos parecía esencial que el patrimonio humano y educativo que Enzo volcó en la vida de quienes lo trataban no se perdiera.

Es un relato «desde dentro», escrito por quienes, siendo jóvenes, asistimos al estallido de una humanidad extraordinaria y contagiosa, y hemos puesto por escrito lo que vimos y oímos allí donde ese espectáculo se manifestaba sobre todo: en la vida universitaria de aquellos años.

¹ Militante de *Lotta Continua*, asesinado por un carabiniere recluta en los disturbios que se produjeron durante una manifestación estudiantil en Bolonia, el 11 de marzo de 1977.

² <https://www.fondazionepiccinini.org/>

I. ENZO SEGÚN ÉL

¿Quién era Enzo Piccinini? Visto desde fuera, podía parecer un «fenómeno de la naturaleza»: un hombre que dormía poco, viajaba mucho, trabajaba sin descanso, vivía con pasiones intensas, se metía a fondo en la vida de los demás, un líder, un tipo valiente y provocador... y podríamos seguir enumerando cualidades humanas fuera de lo común. Pero detrás de todo eso, para quien tenía la oportunidad de asomarse al interior de ese torbellino, aparecía un hombre completamente entusiasta porque se sabía radicalmente abrazado, y por eso era infinitamente generoso. Su temple y su carácter indómito, movidos por «lo único que cuenta», es decir, por «la inquietud divina de las almas insatisfechas»¹, encontraron su ambiente natural al encontrarse con una experiencia cristiana plenamente humana, tangible. De ahí nació una mezcla explosiva que, con el tiempo, fue dejando en segundo plano los aspectos más «espectaculares» para dar cada vez más espacio a lo que realmente lo encendía: el abrazo de Cristo, que irrumpió en su vida con fuerza a través de la amistad única con don Luigi Giussani², un encuentro

¹ Emmanuel Mounier, *Cartas desde el dolor*, Encuentro, Madrid 2005, p. 16.

² Hemos evitado publicar aquellos encuentros en los que Enzo se dedicaba a explicar directamente los textos de don Giussani (las numerosas asambleas de la Escuela de Comunidad dedicadas a ello). Sin embargo, como resultará evidente, el

«que había transformado incluso la naturaleza de ciertos rasgos de su temperamento, exaltando otros»³.

Era un hombre apasionado, fuerte, con momentos duros y otros llenos de ternura en su pasado, un pasado que a veces reaparecía, pero cada vez más ordenado y modelado por el nuevo amor de su vida. Y también era un hombre simpático, detrás de esa fachada descaradamente brusca que mostraba incluso con cierta ostentación, para subrayar el contraste y la paradoja de una existencia completamente trastocada. Resultaba simpático incluso cuando hablaba de sí mismo: «Yo soy un ateo, cristiano por casualidad, porque en un momento de la vida me ocurrió encontrar algo así. Estaba en un lugar completamente distinto. Me faltan todos los fundamentos — como esos que juegan al fútbol sin fundamentos, ¿los habéis visto alguna vez? Se expresan... pero les faltan un poco los fundamentos. Yo soy así, me faltan un poco los fundamentos. ¿Qué le vais a hacer? Pero amo con ímpetu esta vida. Totalmente»⁴. Enzo estaba «en un lugar completamente distinto»: había pasado por la ideología radical — la misma que después desembocaría en la clandestinidad de la lucha armada — y por un anticlericalismo que le había dejado en la sangre una reacción instintiva ante cualquier injusticia, abuso o injerencia, ya fuera política, social, interpersonal, psicológica o clerical. Le faltaban «los fundamentos» de la fe: la suya era una fe totalmente práctica, vivida, y ahí ardía el fuego, ese ímpetu de vida que él amaba. Totalmente.

Por otra parte, de su tierra no podía salir otra cosa que esa convicción de opuestos que siempre marcó su vida: «Mi historia parte de

pensamiento del fundador de *Comunión y Liberación* (él también Siervo de Dios) emergerá en cada palabra de Enzo, quien, al repetirlo y seguirlo con total dedicación, imprimió una huella absolutamente personal y original a aquellos contenidos y a aquella amistad que estuvieron en el origen de su extraordinaria e inacabada trayectoria de conversión.

³ Mensaje de don Giussani con ocasión del *I Aniversario del Dies Natalis* de Enzo Piccinini, en «Quell'impeto di vita», *Litterae Communionis-Tracce*, 2000 (n.º 6), p. 46.

⁴ Pésaro, 6 de abril de 1998.

un lugar donde nació el ateísmo, la *bassa emiliana*⁵ que comienza en Mantua. Allí nació literalmente el ateísmo, y yo crecí con el pragmatismo típico de los emilianos —los de Módena hacia arriba, para entendernos—, esos emilianos para los que hay que hacer, hacer, hacer... Se dejan el alma haciendo, sin profundizar demasiado en lo que hay detrás, porque para ellos la metafísica es el capricho de alguna mente enferma»⁶.

La metafísica no formaba parte de las preocupaciones «culturales» inscritas en las cuerdas naturales de Enzo, pero de algún modo llegó a serlo. Toda su existencia adquirió un sentido y un sabor distintos a partir del impacto —plenamente físico— con la metafísica: un impacto que revolucionó no solo su presente y sus proyectos, sino también la lectura de todo lo que había vivido antes. Al releer las palabras que Enzo pronunció en sus últimos quince años, se advierte que la lucidez con la que describía su propia persona, sus talentos y sus límites, su trayectoria humana apasionada, confusa y a veces contradictoria, le vino —como dijo don Giussani pocos días después de su muerte— de aquel encuentro con la «metafísica»: «Enzo ha sido un hombre que, desde la intuición que tuvo dialogando conmigo hace treinta años, dijo su ‘sí’ a Cristo con una asombrosa dedicación, inteligente e integral como perspectiva, y ha centrado toda su vida en Cristo y en su Iglesia»⁷.

Lo que sigue es, por tanto, una especie de «autobiografía» dictada por el propio Enzo: las palabras que inflamaron su existencia, que la hicieron inteligente e integral como perspectiva, que iluminaron su estructura humana —igual a la de cualquier hombre o mujer de este mundo— y que marcaron la vida de muchísimos jóvenes, impulsándolos a tomarse en serio la dimensión metafísica a través de un encuentro muy físico.

⁵ La *bassa* designa, en el norte de Italia, las zonas más bajas y llanas de la llanura padana, agrícolas y húmedas; en este caso, se refiere a la franja de Emilia-Romaña próxima a Mantua (ndt).

⁶ Pésaro, 30 de abril de 1999.

⁷ Luigi Giussani, «Padre porque fue plenamente hijo», *Huellas – Litterae communionis*, 1999 (n.º 6), p. 4 (trad. mod.).

II. PONER EL CORAZÓN

En los innumerables encuentros públicos que celebró por toda Italia —casi uno al día, si pensamos que a menudo hacía varios en la misma jornada—, Enzo nunca hablaba en tercera persona. Siempre hablaba de sí mismo y, al hacerlo, hablaba de Otro: de aquel hacia quien dirigía la atención y el afecto de quienes lo escuchaban. Fue ese Otro quien, con el tiempo, iluminó el sentido de su estructura interior, de su «corazón» inquieto: un corazón especialmente intenso, pero no distinto en lo esencial del que teníamos nosotros, los jóvenes que lo escuchábamos.

«Cuando era chico —y un poco de ese rollo¹ queda— me fascinaban las historias de aventuras, sobre todo las de mar, las de los grandes veleros cuyo aire casi podía respirar. Leía aquellos relatos y los veía con los ojos: era un muchacho apasionado por la aventura. Imaginaba el barco cruzando el mar, con sus tres mástiles, la tripulación a bordo, esa fuerza que desafiaba la naturaleza. Pero de pronto me

¹ Nota editorial: al corregir los errores gramaticales o de transcripción, hemos dejado deliberadamente en el texto las formas «coloquiales» propias del lenguaje hablado; hemos considerado que esto potencia la percepción «en directo» que estas palabras dejaban en el ánimo de quienes las escuchaban en vivo. Por ello, sugerimos al lector adoptar una actitud de identificación con el contexto vital de las situaciones en que estos diálogos tuvieron lugar en aquellos años.

invadía una angustia, como cuando en una de esas historias leía: ‘*se detuvo encallado en un banco de arena*’. Un simple banco de arena. Me angustiaba pensar que algo tan inmenso, capaz de desafiar las fuerzas de la naturaleza —es decir, lo que el hombre no puede dominar— pudiera quedar inmóvil por un pequeño montón de arena. Mirad, nuestra potencia humana, eso que el corazón anhela, es como ese velero que se enfrenta al mar: y el mar es la vida misma, cuando se queda encallada en esa pequeña restinga del ‘quisiera, pero no puedo’, del ‘si fuera..., podría...’, cuando falta la esperanza»².

NO ES UN CONJUNTO DE SENTIMIENTOS

La existencia es esto: una potencia humana —eso que el corazón describe— hecha para cosas grandes y, al mismo tiempo, trágicamente expuesta a no saber si su aventura llegará a buen puerto. Un descubrimiento decisivo para Enzo, nacido de su encuentro con la experiencia cristiana, fue precisamente el del «corazón»: una conciencia que, desde entonces, marcó el paso originario y propio de cada una de sus acciones. Pero, ¿qué es el corazón? «El corazón no es un conjunto de sentimientos. ¡No! Es el corazón del que habla la Biblia: aquello por lo cual el hombre es hombre. Es su dimensión más profunda, el aspecto ontológico del hombre; ese conjunto de evidencias y de exigencias originarias por las que, y con las que, hacemos todo. ¿Cuáles son? Se pueden resumir en cuatro: lo bello, lo verdadero, lo justo y el deseo de amar y ser amados. En estas cuatro cosas cabe todo: todos los intentos del ser humano, desde que abre los ojos y empieza a preguntarse ‘¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?’, hasta el momento en que exhalamos el último suspiro. Seguimos preguntando: ‘¿por qué?’. Estas cuatro cosas expresan el deseo de felicidad. Es por eso que nos levantamos cada mañana, que nos enamoramos, formamos una familia,

² 23 de febrero de 1995.

trabajamos, estudiamos, jugamos, vivimos... Toda la vida la pasamos buscando esto: ser felices»³.

El corazón siente, pero no es un sentimiento: es el deseo de felicidad. Y precisamente porque no es un sentimiento, tiene que aceptar continuamente la «corrección» que le llega de sus exigencias más profundas y objetivas: la belleza, la verdad, la justicia y el amor. De las cuatro juntas. De ahí nace el gran trabajo, la gran ley: confrontar todo lo que nos sucede con esa dotación natural. A eso se le llama «experiencia». «Hay algo dentro de nosotros que, casi sin darnos cuenta, percibe la realidad y la compara consigo mismo. Ese algo es un criterio que nos define. En pocas palabras, es una exigencia de felicidad: todo lo que hacemos, lo hacemos por eso. Ser conscientes de ese criterio interior y ponerlo en juego en todo lo que hacemos: eso es la experiencia. Y no hay alienación, porque ese criterio lo llevamos dentro, nace con nosotros. Cada uno tiene un rostro interior, como el que se ve por fuera. Yo tengo los ojos oscuros, tú los tienes claros, ella el pelo rubio... pero dentro tenemos un rostro que caracteriza al ser humano, sea cual sea su lugar, su tiempo o su cultura. Nace con nosotros, está desde el principio y nos acompañará hasta el final: en una palabra, es algo estructural»⁴.

Hay un rostro interior que define al ser humano, y ese rostro no es un sentimiento vago ni cambiante. Enzo lo repetía muchas veces: una emoción solo ayuda al hombre cuando no se separa de su «sentido». El corazón es, ante todo, una urgencia de sentido. «¿Por qué la vida puede resultar tan difícil? Porque, al levantarte por la mañana, de algún modo decides si lo que haces tiene sentido o no. Y si ese sentido se reduce a la rutina de cada día o a algo más grande. Desde ese primer instante se juega toda la jornada. Cada momento es así»⁵. «¿Cuándo la vida es bella y tiene sabor? ¿Cuándo disfrutamos de estar en familia,

³ Campamento de verano, 13 de agosto de 1997.

⁴ Catania, 13 de octubre de 1997.

⁵ Bolonia, 21 de abril de 1991.

de comer juntos, de trabajar o de dar un paseo? Cuando todo tiene sentido. Ese es el punto. Es el significado lo que da consistencia a la realidad, sea la que sea: la esposa o el hijo, el padre o la madre, un libro o un vaso, comer o divertirse»⁶.

El sentido es, por naturaleza, una urgencia total y sin fin. «Aunque se arrancara la última página, la última línea, la última pregunta —la número 999—; aunque faltara solo esa, la última de todas las cuestiones del mundo... el hombre seguiría inquieto, como cuando abrió la primera página»⁷. La exigencia de sentido es, por tanto, la raíz de esa «santa inquietud» que acompaña siempre la condición humana en su relación con las cosas, con la realidad. Porque «la realidad nunca está del todo afirmada si no se afirma también su significado. O, dicho con una palabra más hermosa: su destino. Es decir, de dónde viene y hacia dónde va. Cuando decimos ‘yo’, si no decimos también de dónde venimos y hacia dónde vamos, o al menos no reconocemos este misterio tan dramático, ¿qué queda? Solo una sucesión de reacciones y sensaciones condenadas a terminar en ceniza, en nada»⁸.

Cuando volvíamos de las vacaciones y tocaba empezar de nuevo el curso, había una cita ineludible: la Jornada de Inicio, a la que invitábamos a cientos de amigos. Era el momento de fijar juntos el punto de partida, el impulso necesario para sostener el compromiso durante los meses de estudio que nos esperaban. Y casi siempre la palabra central era la misma: aquella que abría un horizonte misterioso y a la vez apremiante, presente en todo momento, fascinante, aunque a veces vago o incluso temible: la palabra *destino*. No la escuchábamos como un concepto que había que aprender, sino como una posibilidad viva y atractiva, algo que se nos ponía delante de los ojos: «Esta noche quiero deciros solo esto: al comenzar la universidad, me gustaría entender dónde ponéis la cabeza y el corazón. Mirad —perdonadme—, todo es

⁶ Campamento de verano, Las Marcas, 15 de agosto de 1997.

⁷ Bolonia, 21 de noviembre de 1985.

⁸ Campamento de verano, Las Marcas, 15 de agosto de 1997.

útil: el estudio, sobre todo si sois universitarios, la casa, la novia, el deporte, el Inter, la Juve... todo lo que queráis. Todo es útil. Pero, ¿qué queremos hacer con todo eso? Ahí está el punto, ahí está el problema de la vida. Y solo hay una respuesta: la posibilidad de que exista algo más grande que lo que yo siento y veo. Porque lo que yo siento, veo y mido produce fragmentos, mientras que yo necesito algo a lo que también mi mirada pertenezca, de lo que mi mirada forme parte. Imaginad que tenéis el horizonte, y dentro del horizonte veis lo de siempre: las casas, un hombre en bici, un árbol, un coche, la carretera. Todo tiene su lugar. Pero si quitáis el horizonte, ¿qué queda? Una casa, un árbol, una carretera, un hombre... todo separado, todo solo. Creo que la vida necesita esa misma clave de bóveda. Necesito comprender que el ayer está unido al hoy, y que el hoy estará unido al mañana; que mi gesto de afecto hacia la persona que amo está ligado al cielo, a la tierra, al mar. En resumen, que forma parte del pasado, del futuro y que, de algún modo, permanece. *Destino* es una palabra hermosa: dice de dónde venimos y hacia dónde —inevitablemente— vamos. Puede resultar molesta, incluso parecer una amenaza, porque es algo que no se puede medir. Pero cuando se logra vivirla, aunque sea un poco, la vida se vuelve más bella. Es como si las cosas de siempre se iluminaran con una luz nueva. Cuando las cosas están «destinadas», adquieren un valor más grande que el habitual, más grande del que solemos darles. Es como cuando uno regala un ramo de flores a su novia: no son las flores, es el amor que expresan. Así sucede con las cosas destinadas: son las mismas de siempre, pero tienen otro sabor, otra intensidad. Chicos, estamos en el mundo para esto. No para desperdiciar nuestra dignidad en sentimientos pasajeros o en objetivos parciales, grandes o pequeños. Estamos en el mundo para esto: porque somos *destinados*»⁹.

Este era el corazón para Enzo. De ahí nació la frase que lo distinguía en cada encuentro, su sello personal, una expresión que le oí repetir

⁹ Florencia, 20 de octubre de 1989.

muchas veces y que empiezo a entender de verdad ahora, cuarenta años después: «Es la frase que usaré siempre, que nunca dejaré de usar: la vida está unida si se pone el corazón en lo que se hace»¹⁰. Nunca pensé que con eso Enzo quisiera simplemente «ponerle sentimiento» a lo que hacía —habría sido impensable en alguien con su temperamento—; más bien lo entendía como una llamada a no escatimar energías, algo que él mismo encarnaba con generosidad. Pero en realidad quería decir algo más profundo: «Solo somos nosotros mismos cuando podemos poner el corazón en lo que hacemos. El corazón es ese detector, esa voz infalible que tenemos dentro y que, instintivamente, nos hace darnos cuenta cuando nos quitan la libertad, esa libertad por la que nos levantamos cada mañana con ganas de estar contentos. Eso es lo que tenemos que poner en nuestro trabajo»¹¹. «Y poner el corazón en lo que se hace engrandece el yo; vale tanto para la madre que se queda en casa cuidando de su hijo como para el presidente de la República»¹².

Cuanto más se compromete uno de verdad con el corazón, más acaba experimentando su propia insuficiencia. Y es precisamente al reconocer esa insuficiencia estructural, congénita, cuando se puede comprender su función esencial e insustituible: la apertura a algo que lo supera. «Además, mi familia había crecido: entre unas cosas y otras, ya tenía cuatro hijos. Era un problema serio, y mis padres seguían ayudándome económicamente. Era una pequeña humillación. Al final se lo dije, y entonces empezaron a darme queso o ropa, para que no pareciera que me daban dinero. Así entendí que uno solo puede poner el corazón en lo que hace si está delante de algo más grande que sí mismo. Tiene que haber algo más grande que uno. Eso es lo que puede ayudarte, en cualquier situación, a poner el corazón: algo más grande que tú, más grande que tu capacidad»¹³. «Si lo pensamos bien,

¹⁰ Cesena, 12 de marzo de 1999.

¹¹ Bari, 13 de febrero de 1997.

¹² Catania, 13 de octubre de 1997.

¹³ Rímìni, 12 de diciembre de 1998.

Os he llamado amigos

¿Quién era Enzo Piccinini, el cirujano que murió trágicamente en un accidente de coche en mayo de 1999, amigo de Luigi Giussani e incansable impulsor de numerosas iniciativas religiosas, sociales y culturales en su región de Emilia Romagna y más allá?

A esta pregunta, veinticinco años después de su muerte, responde Pier Paolo Bellini, amigo y compañero de viaje del médico de Módena, junto con Chiara Piccinini, una de las hijas de Enzo, dando voz al hombre, a sus obras y a las palabras que marcaron la vida de tantos. Gracias a las transcripciones de sus discursos públicos y a los numerosos testimonios de quienes tuvieron la suerte de conocerlo, todos ellos facilitados por la Fundación Enzo Piccinini, *Os he llamado amigos* es un relato íntimo y valioso que permite a todos, creyentes o no, acercarse a la extraordinaria y valiente humanidad de Enzo Piccinini, que sigue siendo hoy un modelo humano y vital para muchas personas y cuya causa de canonización está actualmente en curso.

Depósito Legal: M-8723-2026



ISBN: 978-84-1339-274-5



9 788413 392745